Arriano

Las campañas de Alejandro Magno

De Macedonia a la India

Introducción, traducción y notas
de Antonio Guzmán Guerra

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: noviembre de 2025

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

PAPEL DE FIBRA CERTIFICADA

© de la introducción, traducción y notas: Antonio Guzmán Guerra, 2025
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-104-0
Depósito legal: M. 15.360-2025
Printed in Spain

Índice

11 Introducción
31 Marco cronológico del siglo IV a. C.

33 Las campañas de Alejandro Magno

35 Libro I
101 Libro II
157 Libro III
215 Libro IV
279 Libro V
333 Libro VI
389 Libro VII
447 Libro VIII. India

517 Tabla cronológica de los acontecimientos principales durante la vida de Alejandro

521 Mapas de las campañas de Alejandro

527 Índice de nombres propios

Para B.I.P.

Introducción

El título original de esta obra de Arriano es —como bien conoce el lector— *Anábasis de Alejandro Magno (Anábasis Alexándrou),* pero nos hemos tomado la licencia de modificarlo levemente en esta versión al castellano.

Leemos en *El Quijote* que a su protagonista «cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría [a su caballo]... y así después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar Rocinante, nombre a su parecer alto, sonoro y significativo». También yo —modestamente— he buscado un nombre a la vez «alto, sonoro y significativo» para las famosas campañas y aventuras de Alejandro.

Justificado, pues, el título que hemos elegido, creo que debo ahora precisar algún pormenor en estas escuetas páginas introductorias. Y digo escuetas, dado que lo importante es el relato y la narración de Arriano, que es lo que intere-

sará sin duda al lector. Además, en español hay varios y valiosos ensayos dedicados a la figura de Alejandro desde el punto de vista histórico (en esta misma editorial el profesor Barceló publicó un excelente manual hace unos años, además de otras magníficas y muy recomendables contribuciones del también profesor Gómez Espelosín) que nos eximen de volver a abordar aspectos tan bien tratados por dichos especialistas. Por otra parte, el texto de Arriano ya es de por sí prolijo, y su amena narración llevará al lector de la mano para conocer las múltiples aventuras, éxitos, experiencias y sinsabores vividos por la sin par figura de Alejandro Magno durante la mayor campaña militar que se llevó a cabo en la antigua Grecia. Del mismo modo, también van a ser sobrias las notas a pie de página, limitadas solo a aclarar y ayudar a la mejor intelección de algún pasaje donde pareciera necesario.

La figura del rey Alejandro Magno (356-323 a. C.) es verdaderamente descomunal y poliédrica: es un joven guerrero macedonio, ambicioso y fascinante, tocado por la suerte, que emprende unas conquistas sin límites, y al que la literatura posterior hizo también emperador del mundo terrestre, acuático y celeste, y víctima, al mismo tiempo, de tan grandes éxitos. Y sucede también que cada época ha tenido una visión propia del personaje, y que cada generación ha ido proyectando sobre él sus propias ideas, sus concepciones y hasta sus intereses, filias y fobias, tal como vienen demostrando, por cierto, las últimas recreaciones de su vida en el ámbito de la novela histórica, las recientes series y producciones cinematográficas, etc.

Sí me interesará abordar ahora, brevemente, una cuestión que no suele atraer la atención de algunos historiado-

res. ¿Cómo han llegado a nosotros, cuáles son nuestras fuentes de información sobre la vida y hazañas de Alejandro Magno? ¿Cómo es posible que el relato de Arriano —que vivió cinco siglos después de Alejandro— se nos presente como una fuente de información privilegiada sobre las campañas del caudillo macedonio?

Naturalmente, la obra de Arriano se inserta en y depende de una larga serie de precedentes. Lo cual nos lleva necesariamente a considerar el problema de las fuentes en la historia antigua. Sabido es que siempre dependemos de las fuentes, sean estas literarias, históricas, arqueológicas, numismáticas, epigráficas, etc. Cada una de ellas con sus ventajas y limitaciones. En tal sentido, conviene también recordar que el historiador debe plantearse en el mismo momento de emprender su cometido considerar algunas cuestiones críticas acerca del origen, procedencia y validez de su información. Deberá verificar la *autenticidad* de dichos testimonios (por ejemplo, en el caso de Alejandro sabemos que la tradición nos ha conservado una colección de cartas entre él y su madre, y entre él y Aristóteles, que la crítica moderna considera mayoritariamente documentación falsificada posteriormente). De igual manera, ante el dispar testimonio de las fuentes, se hace necesario comprobar la fiabilidad y la *verosimilitud intrínseca* y la relación de dependencia que entre ellas pueda existir, así como analizar las desviaciones o incoherencias que podamos advertir, la existencia de cualquier tipo de censura o la presencia de lecturas y versiones sesgadas, cuando no interesadas. En resumen, se trata de una cuestión de método que el historiador debe plantearse al comienzo de su actividad.

Por otra parte, la figura de Alejandro Magno (como la de cualquier otro gran personaje histórico de la Antigüedad) ha sido enfocada mayoritariamente desde la óptica de la tradición occidental (de los abundantes testimonios de los autores pertenecientes a la cultura grecolatina), como enseguida veremos. Aunque hay que decir que a partir del pasado siglo viene abriéndose camino la «visión de los otros», de los pueblos conquistados o vencidos, de modo que conviene valorar también la historia desde la perspectiva de los documentos indios, persas, árabes (aun siendo normalmente más escasos y muchos de ellos tardíos).

Centrándonos ahora en los testimonios de nuestra tradición occidental, suele hablarse de que hubo una primera generación de autores que escribieron sobre Alejandro y sus hazañas en la propia época contemporánea, es decir, en torno al siglo IV a. C.

Más de una docena de historiadores, algunos de los cuales acompañaron incluso al rey en sus hazañas y aventuras hasta la India, se dedicaron a dejar registrada la expedición que los llevó desde Macedonia hasta las lejanas orillas del río Indo. Estos testimonios se han perdido casi íntegramente y solo se nos han conservado de manera fragmentaria en citas y autores de época posterior. Fue el gran historiador Felix Jacoby quien emprendió la tarea de recolectar dichos fragmentos en su monumental obra *Die Fragmente der Griechischen Historiker*, expurgándolos de citas de autores posteriores.

De entre estos historiadores de la primera generación merecerá la pena siquiera recordar algunos nombres. Empezaremos por Calístenes de Olinto, emparentado por cierto con el propio Aristóteles (preceptor de Alejandro unos

años, según nos cuenta Plutarco). Calístenes participó activamente en las campañas del rey en calidad de Compañero, *hetairos*, y durante muchos años fue uno de sus hombres de confianza. Compuso una obra, *Alexándrou Práxeis (Los hechos de Alejandro)*, teñida de un cierto sesgo adulatorio. En cuanto griego de nacimiento, algunos macedonios de la corte no lo aceptaron con simpatía. Las relaciones entre Alejandro y Calístenes —antaño muy cordiales— fueron deteriorándose, y tras el célebre incidente de la *proskýnesis* (ceremonia de tradición oriental en la que Alejandro exigía que sus compañeros se postraran de rodilla ante él), que Calístenes se negó a cumplir, fue muerto por el propio Alejandro. La posteridad le atribuyó sin razón la autoría de una biografía novelada de la vida de Alejandro, compuesta en época muy posterior, la llamada *Novela de Alejandro* (Pseudo-Calístenes).

Un segundo autor de esta primera época fue Onesícrito de Astipalea, timonel del barco en que Alejandro descendió hasta la desembocadura del Indo. Hombre de sólida formación intelectual, se dice que fue discípulo del cínico Diógenes, y precisamente por ello no deja de extrañar que nos haya dejado —a diferencia de algunos otros cínicos, siempre críticos con Alejandro— una valoración positiva de la figura del rey. Su obra llevaba por título *Sobre la educación de Alejandro*, que ya en la Antigüedad se comparó con la *Educación de Ciro* del historiador Jenofonte.

También gozó de notable predicamento Nearco de Creta, almirante de la flota que navegó en el viaje de regreso desde el Indo hasta el Éufrates. Su testimonio es fundamental para el libro VIII, *La India* de Arriano. «Compañero» de confianza de Alejandro, incorporó valiosa informa-

ción de los nativos (epicóricos) de los diversos pueblos por donde cruzó la expedición militar. Por otra parte, su narración está entreverada de observaciones muy curiosas que nos evocan el relato del gran historiador Heródoto. Aún nos quedan por mencionar un par de nombres más. Aristobulo de Casandrea, que actuó como colaborador o asesor técnico de la expedición más que como militar. Fue, por ejemplo, el encargado de restaurar la tumba de Ciro en la ciudad de Pasargada; a él debemos la descripción realista de la batalla de Gaugamela, y de los trabajos de represa del Indo (según cuenta Arriano, *Anábasis* VI 29). Arriano lo acepta como una de sus fuentes principales por la bondad de sus informaciones; de hecho, lo valora tan extraordinariamente que dice de él literalmente que «por haber escrito cuando el rey había muerto, no era sospechoso de adulación».

Terminaremos con otro testimonio fundamental: el de Tolomeo Lago, también «Compañero» de Alejandro, y luego fundador de una larga dinastía en Egipto que nos conduciría hasta la reina Cleopatra. Se ha dicho que, en cuanto rey en Egipto, su relato sobre Alejandro tiene un cierto tinte de autopropaganda de sus propias *res gestae* ante sus súbditos. Fuente fundamental también para Arriano, quien dijo sobre él que «en cuanto rey no podía mentir». De él se valora que pudo disponer de los diarios o *Efemérides Reales*, documento cancilleresco de primera mano con información muy valiosa y oficial.

No vamos a alargar demasiado este catálogo de autores antiguos. Solo citaré ya los nombres de Cares de Mitilene, Efipo de Olinto (autor de una obra titulada *Sobre el funeral de Alejandro y Hefestión*), Policlito de Larisa (gran experto en geografía y aficionado a todo tipo de prodigios) y Clitarco.

Hasta aquí, lo que se refiere a esa primera generación de historiadores que se ocuparon de narrar la vida y las hazañas de Alejandro, siendo todos ellos contemporáneos del caudillo macedonio. Sus testimonios —como ya hemos dicho— solo han llegado a nosotros de manera muy fragmentaria. Pasados tres, cuatro y cinco siglos desde entonces aparece otra nueva generación de autores interesados en retomar y refrescar la memoria de Alejandro, basándose fundamentalmente en sus predecesores de la primera generación. Así es como, en definitiva, ha llegado hasta hoy día nuestro conocimiento de su sin par figura.

Veamos ahora algunos de los llamados «historiadores de la segunda generación». Ordenados cronológicamente, algunos de los principales nombres son los siguientes: Diodoro de Sicilia (90-30 a. C.), autor de una voluminosa *Biblioteca histórica*, que pretendía recoger en unos cuarenta volúmenes en griego la historia de Grecia hasta su época. No la conservamos completa, aunque sí los libros 17 y 18, que corresponden a los reinados de Filipo y de Alejandro respectivamente.

Casi coetáneo es el historiador latino Quinto Curcio, que escribió su *Historia de Alejandro Magno*, también una obra de cierta amplitud, en diez libros (en latín); algo posterior, un nuevo autor griego se interesó por Alejandro, el bienintencionado Plutarco de Queronea (48-120 d. C.). Dedica a nuestro personaje dos obras: la *Vida de Alejandro*, en la que lo confronta con la biografía de Julio César, y un curioso y breve opúsculo titulado *De Alexandri Magni virtute aut fortuna (Acerca de la virtud o fortuna de Alejandro Magno).* Plutarco no es rigurosamente un historiador, sino un biógrafo,

y no le interesan tanto las campañas militares del caudillo macedonio como destacar el perfil de su figura y algunos aspectos morales del personaje biografiado, buceando en «las señales de su alma».

Antes de dar por terminado este apartado relativo a las fuentes, mencionaré la existencia de otra documentación complementaria. Así, unas *Fuentes mercenarias* de los soldados griegos que sirvieron en el ejército de Darío y unos *Diarios o Efemérides Reales*, redactadas por un tal Eumenes de Cardia, secretario del rey Alejandro, citadas a menudo por Arriano y Plutarco. Quizá fueran documentos tardíos, falsificados o reelaborados. Finalmente, una serie de *Cartas y Correspondencia* de Alejandro con diversos personajes: con Darío, con su madre, con Aristóteles, con el general Antípatro (al que había dejado como regente en Macedonia). A este respecto, la literatura moderna sostiene (Brunt en la colección inglesa Loeb) que todas estas cartas o su mayor parte son documentos falsos o de autenticidad sospechosa.

Finalmente, hemos de abordar la figura del historiador Arriano, autor de la obra que aquí ahora hemos traducido y ofrecemos. Nacido en la ciudad bitinia de Nicomedia (90-175 d. C.), fue el autor en ocho libros de una apreciada obra titulada *Anábasis de Alejandro Magno*; en conjunto es el tratado más completo, mejor conservado, más austero y fiable sobre Alejandro. Poco sabemos de su infancia, aunque sí nos consta que en torno al año 112 debió de acudir a Nicópolis, en el Epiro, a escuchar las lecciones y enseñanzas del filósofo Epicteto (estoico) y que algo más tarde, ca. 117-120, el emperador Adriano le concedió un puesto en el Senado de Roma. Suponemos con cierto grado de verosimilitud que

cuando el satírico Luciano escribió su obra *Alejandro* (ca. 180), ya debía de haber muerto Arriano, según podemos colegir del caluroso elogio que le dedica: «un hombre importante entre los romanos y entregado a la cultura a lo largo de toda su vida». Una etapa muy debatida de su biografía es la que pasó o pudo pasar en Hispania. Un epigrama encontrado hace años en Córdoba saltó a la palestra de la discusión académica a propósito de si Arriano estuvo en España. En la inscripción se habla de un tal Arriano *anthýpatos* («procónsul» en la terminología latina). De ser así, se trataría de Arriano al servicio del emperador Adriano en torno al año 120, en la Bética. La inscripción la estudiaron Antonio Tovar, Manuel Fernández Galiano y otros especialistas.

Como escritor e historiador, Arriano empezó a redactar su *Anábasis* en los años 160-165. Ya antes, en torno a 130-132, había escrito su *Periplo del Ponto Euxino*, obra dedicada al mismísimo emperador Adriano, en la que narra un viaje oficial de Trapezunte a Dioscurias. También fue importante su *Táctica*, tratado de táctica griega y macedonia, y aún es de reseñar una obra perdida (conocida por Focio) en diez libros en los que trataba las figuras de los Diádocos: *Los sucesos después de Alejandro*. Relacionada con las doctrinas estoicas de Epicteto, Arriano también compuso unas *Diatribas de Epicteto*, que nos aportan mucha información sobre el filósofo estoico. Por lo demás, el propio Arriano confiesa su deuda y dependencia de otros autores como Tolomeo, Aristobulo y Nearco.

En fin, si hemos de comprometer una apreciación de esta obra histórica de Arriano, no podemos dejar de valorarla como una de las más importantes piezas escritas sobre

la vida y hazañas de Alejandro. Quizá el autor no pensara que su libro pudiera ir destinado al gran público que se sintiera atraído por ciertos regustos retóricos, sino que su intención fuera componer una monografía en la que se documenta la actividad militar y conquistadora del gran macedonio. Carácter especialmente monográfico posee el libro último, conocido como *La India* (en dialecto jonio y no en ático), en el que Arriano se adentra fascinado por unos tan alejados lugares que ya habían despertado la admiración de otros autores como Escílax de Carianda, Hecateo, Heródoto y sobre todo Ctesias y Megástenes.

A la hora de valorar la figura de Alejandro, Arriano inicia así su semblanza en el capítulo 28 del libro VII, mientras narra su muerte:

> Murió, pues, Alejandro en la 114.ª Olimpíada, siendo arconte en Atenas Hegesias. Vivió treinta y dos años y ocho meses, según dice Aristobulo. Su reinado duró doce años y ocho meses. Fue el hombre de más bello cuerpo, más amante del esfuerzo y de mente más aguda, el más valeroso y amante de la gloria y de los peligros, así como el más piadoso con los dioses. El de mayor templanza con los placeres del cuerpo y, respecto a los placeres del espíritu, jamás se saciaba su afán de gloria.

Por nuestra parte, vamos a hilvanar aquí algunos de los rasgos de su personalidad y su carácter. Desde antiguo sabemos que los padres de Alejandro (Filipo y Olimpíade) vivieron unas relaciones tempestuosas, y que cuando Filipo consiguió el divorcio, la mandó al exilio y se casó con una joven de la nobleza macedonia, ocasión en que Alejandro

abandona Macedonia y marcha con su madre al Epiro. Olimpíade fue mujer de gran personalidad, y al parecer desarrolló en su hijo ciertos rasgos edipoides frente a Filipo. Siempre defensora de los derechos de sucesión de Alejandro, ella llegó a temer que Filipo nombrara sucesor al trono a su hijo Arrideo (hermanastro deficiente mental) en vez de a Alejandro. El hecho cierto es que tras ser asesinado Filipo mientras se celebraban las bodas de Alejandro, el Epirota, y Cleopatra, hija de Filipo y Olimpíade, en el año 336, el estatus político de Olimpíade era complicado: era una reina viuda, pero constitucionalmente no reina consorte, y ocurría que la monarquía tampoco era hereditaria, y que Filipo tenía otros hijos. Es verdad que no se puede certificar la participación de Olimpíade en el asesinato del rey Filipo, aunque su mayor enemigo político (Casandro, hijo de Antípatro) hizo circular al respecto mucha propaganda contra ella. Alejandro y su madre no volvieron a verse desde que Alejandro partiera a sus conquistas orientales en el año 334, aunque mantuvieron cierta relación epistolar (algunas cartas espurias).

Para completar estos datos de encuadre cronológico y ambiental, hemos de mencionar que la poligamia era una práctica corriente en la monarquía macedonia (Amintas, el padre de Filipo, tuvo dos esposas, y Filipo, al menos siete, que le dieron tan solo dos hijos, Alejandro, hijo de Olimpíade, y Arrideo, hijo de Filina, que resultó ser epiléptico). Así pues, a la muerte de Filipo (336 a. C.), nos encontramos en un momento crucial para los pueblos de Grecia, y no menos importante para el joven e incipiente poderío macedonio. Sintéticamente, esta era la situación: el 2 de agosto del año 338, Filipo había derrotado en Queronea a las ciu-

dades griegas de política antimacedónica: Atenas (que de hecho temió luego las represalias más duras por parte de Filipo, tuvo un trato benévolo), Tebas y sus aliados de Grecia Central. Tras la derrota militar de Queronea, Filipo introdujo guarniciones macedonias en Tebas, Calcis y otras plazas fuertes.

Otro asunto que me interesa destacar es el que se refiere a la educación del joven príncipe, cuestión de Estado para la corte macedonia. Su primer educador fue un tal Leónidas, pariente de Olimpíade, interesada en mantener viva en su hijo su vinculación familiar con el Epiro, región de la que ella procedía. Se cuenta que cuando Alejandro conquistó la ciudad de Gaza, envió como regalo a Leónidas incienso y mirra, acordándose de una recriminación que le había hecho su preceptor un día que Alejandro derrochaba el incienso echándolo al fuego: «Cuando seas dueño del país del incienso, podrás despilfarrarlo».

Ahora Alejandro le mandaba una nota: «Te envío incienso y mirra en abundancia para que no se los escatimes a los dioses».

Más tarde, su padre le impone como tutor a Aristóteles, como reacción ante la excesiva injerencia materna en la instrucción del joven Alejandro. El filósofo le enseñará algo de medicina, literatura, botánica, geografía, ciencia política. Es más, se decía que Alejandro leía a Homero en una *Ilíada* cuyo texto había revisado para él el propio Aristóteles (*Ilíada* de la cajita). En un barco le llega una carta de su viejo amigo Filipo: «Ven a Pella, que mi hijo, Alejandro, necesita un maestro» (Aristóteles cuenta a la sazón 42 años, y Alejandro, 14). Ya antes otros intelectuales y profesionales de alta preparación habían acudido a la capital macedonia

(entre ellos el propio padre de Aristóteles, Nicómaco, quien ejerció de médico en la corte), y ahora continuaba la «fuga de otros cerebros», como Teofrasto —discípulo y sucesor de Aristóteles— y su propio sobrino, Calístenes. Esta convocatoria de intelectuales en torno a Mieza y luego Pella —las capitales— dio posterior pie a que la imaginación se desbordara y pretendiera ver una suerte de «intercambio cultural» de Atenas y Grecia a Macedonia. El caso es que Filipo asignó a Aristóteles y a sus discípulos el templo de las Ninfas, a las afueras de la ciudad de Mieza, como lugar de estudio y reflexión, emplazamiento que podemos recorrer hoy día, y aun sentarnos en algunos de los supuestos bancos de piedra donde descansaban Aristóteles y sus pupilos (Plut. *Alejandro* VII 2-8 y VIII 1-5).

Así, el currículum que Alejandro pudo cursar estos años con Aristóteles debió de incluir no solo nociones de ética y política, sino también de esas otras enseñanzas más reservadas y especializadas que los filósofos llamaban «acroamáticas» y «epópticas». Y tenemos también noticias de que Aristóteles compuso para su discípulo un tratado político titulado *Sobre la monarquía*, texto que sin embargo no ha llegado hasta nosotros. Naturalmente no resulta fácil calibrar hasta qué punto influyeron las opiniones políticas de Aristóteles en el joven príncipe, aunque sin duda le hizo interesarse por la filosofía, la geografía, la botánica y las ciencias geológicas. De hecho, hay constancia de que mientras anduvo en campaña por los confines del Asia, Alejandro enviaba periódicamente a su maestro información científica sobre los países que iba conquistando. Ya hemos hecho alusión a una serie de cartas entre ambos personajes (aunque muchas de ellas, cierto es, son espurias) que así nos lo

testimonian. Así, Plutarco cataloga más de treinta, escritas por Alejandro o dirigidas a él: con su madre, Olimpíade, con Aristóteles, con el general Parmenión, con Antípatro, el regente, y hasta con el rey Darío.

En cualquier caso, nos consta que desde temprana edad Alejandro sintió una especial atracción por la literatura. Así, otros testimonios nos hablan de que el joven rey encargó a su tesorero Harpalo (luego su traidor) que le comprara nuevos libros para su biblioteca personal (Esquilo, Sófocles y Eurípides, el historiador Filisto y algunos ditirambos de Telestes y de Filóxeno). Desde luego, conoció algunas obras del historiador Jenofonte, en particular su narración sobre las peripecias orientales de los Diez Mil *(Anábasis)*, que pudieron influir en su ánimo positivamente y proporcionarle una cierta visión de conjunto del territorio enemigo. En estos primeros años Alejandro llegó a admirar mucho a Aristóteles, a quien amaba —según el propio príncipe decía— no menos que a su padre, pues a este último le debía el vivir, y a aquel, el vivir dignamente. Pero las cosas fueron cambiando con el transcurso del tiempo (en especial después de que Alejandro mandara ajusticiar a Calístenes, sobrino de Aristóteles, durante el lamentable incidente del ceremonial de la *proskýnesis* o genuflexión ante el rey) según Plutarco (*Alejandro* 54-55) y Arriano (*Anábasis* IV 10-14).

Después de haber conquistado y dominado medio mundo conocido, Alejandro no logró regresar a su patria y encontró la muerte en la ciudad de Babilonia. Cuando las noticias de su muerte (323) llegaron a Macedonia, Olimpíade reaccionó pensando que se había tratado de un regicidio urdido por Antípatro (general regente en Macedonia y enconado enemigo de Olimpíade). A la sazón, a la madre de

Alejandro le quedaron dos preocupaciones importantes: su propia supervivencia y asegurar la sucesión de su nieto Alejandro IV (hijo póstumo de Alejandro Magno). Aunque no conseguiría ninguno de los dos objetivos, pues ella fue asesinada por orden de Casandro en el año 315, y más tarde también moriría su nieto, a resultas de las convulsiones palaciegas.

No podemos dejar de mencionar el tema de las «mujeres» de Alejandro y de las diversas razones (políticas, personales, circunstanciales) que le condujeron a establecer diversos vínculos con ellas. Mantuvo una relación amorosa con la princesa Barsine, hija del sátrapa Artabazo, de la que Plutarco nos cuenta que era una mujer educada a la griega. Con ella tuvo un hijo, Heracles, del que poco o nada sabemos. Distinta fue su boda con Roxana, la hija de Oxiartes, en el año 327, por auténtico amor. Roxana daría a luz el 323 al futuro heredero (Alejandro IV), nacido cuando ya Alejandro había muerto. Esta boda con Roxana no gozó de la aprobación de muchos macedonios, que la interpretaron como un paso más en la política de «orientalización» que Alejandro fue adoptando, y no la vieron con buenos ojos.

Todavía hemos de mencionar otro episodio: «Las bodas en Susa», ceremonia celebrada en el año 324 y en la que pudieron intervenir hasta tres mil parejas. En esta ceremonia, y como acto de solidaridad y camaradería con sus compañeros, organizó Alejandro una boda multitudinaria: «estas persas son un tormento para nuestros ojos». Alejandro se casa ahora con Barsine (no confundir con la anterior), hija mayor del rey Darío III. El destino de esta joven fue trágico, pues Roxana se deshizo de ella en el año 323. Esta ceremonia de bodas colectiva se enmarca dentro del programa